

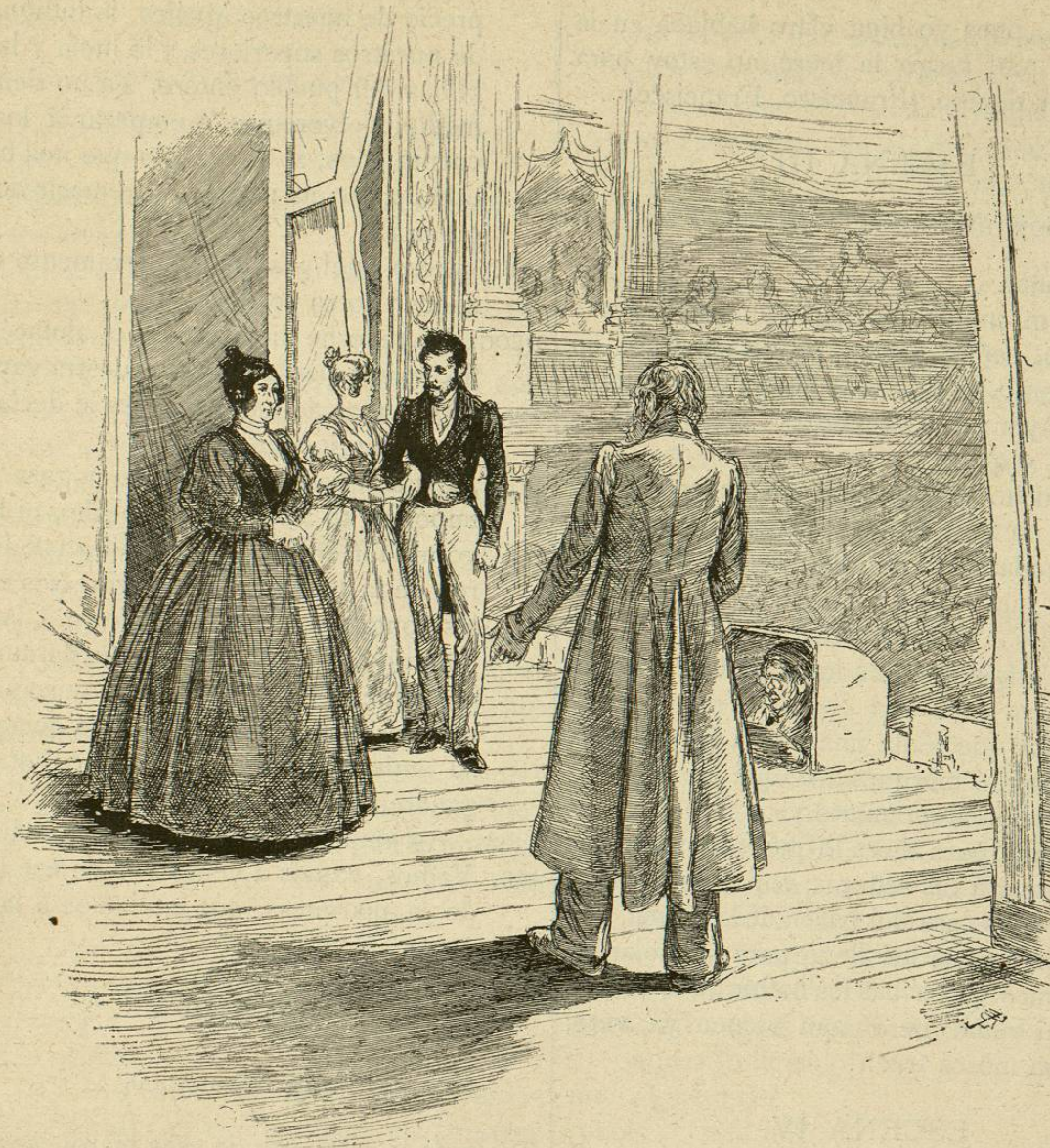
se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré orden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. ¿Pero este imprudente cómo lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aquí viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me dirá... ó á lo menos le consolaré; ¡qué afligido debe estar!

ESCENA VIII

JULIA

Nadie hay aquí; ¡en ese almacén maldito hay tanta gente!... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... ¡qué bonita! veamos.

(Lee.) «Cinco mil reales del tílburí, que no puedo pagar todavía.» Otra deuda; y el tílburí le debe; ¡ah, qué poco me gusta este carácter!... Si me caso con él, yo le corregiré, sí. «Ocho mil reales á la fonda;» ¡más deudas! ¡Dios mío! una carta... ¡qué es esto! «Amada Josefina:» ¡cielos! si me engañará; la fecha es de hoy. «Amada Josefina: Disipa tus sospechas infundadas; es verdad que te he confesado mi plan de boda con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay amor, ni siquiera inclinación, sólo una razón de conveniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; en fin, desengáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma, cuando me haya casado, y me veas más constante contigo que nunca...» ¡Infame! (Cae sobre el sillón.)



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

PASCASIO

¡Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Saúco, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aquí... pues no está; y que dé esta esquila á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tía acaba de expirar, que hereda qué sé yo cuánto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué de enredos y misterios, vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores no han venido á recogerse; pues nunca les sucede... pero aquí están.

ESCENA II

DON DEOGRACIAS, después PASCASIO

DEOG. Vamos, que ésta no parece sino una casa de orates: ¡qué desorden! todo abierto, nadie recogido al amanecer todavía, ni aquí hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; ¿este Bernardo dónde estará? por más que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo.—¿Qué quieres?

PASC. Señor, acaban de darme esta carta para usted.

DEOG. Bien, anda con Dios; abre y barre el almacén: temprano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... «A don Deogracias, etc... el conde del Verde Saúco:» ¡otral! ¡qué pesado es el tal señor! si volverá á in-

sistir!.. pues yo bien claro hablaba en la mía... ¡eh! luego la leeré, no estoy para perder tiempo. ¡Francisco, Francisco!

ESCENA III

DON DEOGRACIAS, FRANCISCO

FRANC. Señor.
DEOG. ¿Y mi mujer y mi hija han vuelto ya?
FRANC. No, señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aquí ayer... tan elegante...
DEOG. ¿Sí, y qué?
FRANC. Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche; que ha oído decir que sé yo qué cosa de ruina y pérdidas en el juego, y... venía asustado.
DEOG. Calla (¿él también lo ha creído?)—¿y se fué?
FRANC. Dijo que tenía una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué sé yo, pero que volvía al momento.
DEOG. ¡Bueno! pues ahora lo que corre más prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si están todavía en casa del barón de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aquí vienen ya, vete; ¡buena mosca traen!

ESCENA IV

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA

(Entran por el almacén, Francisco abre.)

BIB. ¡Jesús, Jesús, qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mi bolsillo. ¿Pero es posible que tú también?... pues si veías que yo no tenía fortuna ¿por qué te fuiste á jugar?...
DEOG. Esas reconvenciones son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca había cogido un naípe; tú con esa maldita manía me has llevado al precipicio, porque era el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las esquelas impresas hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reído de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el des-

precio de nuestros iguales, la indignación de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

BIB. ¡Pero qué! ¿estamos enteramente arruinados? no es posible.
DEOG. Ya te lo he dicho, hasta el almacén; en fin, no nos queda más que nuestra vanidad.
JULIA. ¡Ah, mamá, cuántas veces le decía yo á usted «no juegue usted!»
BIB. ¿Y qué, querías que yo no jugara? ¿qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fui en este conflicto á casa del barón de la Palma; allí he escrito tres esquelas contando nuestra situación á la marquesa del Clavel, al barón de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro día ganaremos.
DEOG. Así empiezan los caballeros de industria.
BIB. Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V

DON DEOGRACIAS

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personajes, ¿qué me querría el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

«Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; ¿conque se ha creído que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya? Han variado las circunstancias, y estoy mucho más en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus fardos... etc., etc.»

¡Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo; ¡ah! si no se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, ¡qué ocasión! ¡qué carta! ésta se la achacaría yo á él, como escrita después de haber sabido nuestra ruina: ¡oh, cómo le maldeciría, y entonces qué ocasión de descubrirse! pero aquí están.

ESCENA VI

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA

BIB. ¿Quién lo había de pensar de tanta amistad?
DEOG. ¡Qué! ¿han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?
BIB. ¡Oh! si nunca les hubiera escrito: mira tú, llamándome la marquesa del Clavel «la señora comerciante,» y el duque del Término: «dígame usted á la tendera,» y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. ¡Dios mío! ¡qué ignominia!
DEOG. Ya me lo figuraba yo eso...—(Esto va á las mil maravillas.)
BIB. ¡Infames!
JULIA. ¿Qué es esto que nos sucede?
BIB. Aun nos queda una esperanza.
DEOG. ¿Cuál? ya te entiendo; gracias á este escarmiento, ya pensarás con más juicio. Bernardo tal vez.
BIB. ¿Quién? ¿Bernardo? ¿vuelves á tu porfía? no ha de ser, no señor. El conde del Verde Saúco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.
DEOG. ¿Quién? ¿el conde del Verde Saúco?
JULIA. (¡Dios mío! ¡en qué ocasión! yo le aborrezco.)
BIB. Ese es el único...
DEOG. (¿Qué es esto? ¿sí habrán visto al verdadero conde? él la quería, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y como ya habían descubierto á Bernardo, le admitirían; él las obsequiaría; y esta última carta la escribiría después de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.)
BIB. ¿Qué piensas? ¿qué dices?
DEOG. Mujer, no quería hablarte de esto; pero mira una carta que acabo de recibir del conde. (No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.)
JULIA. ¡Dios mío! ¡añadir la infamia á la traición!
BIB. Ya no hay ninguna esperanza.
DEOG. (Me dan lástima; pero demos el último golpe.)—En fin, me parece que ya no queda más recurso que Bernardo; él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situación...
JULIA. ¡Ah, papá, nunca, nunca! Después del desaire hecho á Bernardo por el conde, se-

ría para mí un verdugo su generosidad; he sido engañada, lo confieso; pero esta situación en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazón, y haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

DEOG. Hija mía, ¿pero ese amor cuándo se formalizó? ¿de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.
JULIA. Papá mío, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor, recordándome mi ligereza.
DEOG. ¡Pobrecita!... (Mas Bernardo viene; ¡en qué ocasión tan mala!)

ESCENA VII

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA, BERNARDO

BERN. Familia desgraciada, hermosa Julia...
JULIA. Aparte usted, aun tiene usted atrevimiento...
BERN. Julia, ¿qué mudanza?...
JULIA. Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (*Le da su carta y la cartera.*)
DEOG. (Está loca; ¡pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.)
BERN. Julia, basta de ficción; esto no es mío.
JULIA. ¿No es de usted?
BERN. Ni soy el conde del Verde Saúco, ni nunca lo he sido.
BIB. ¿Qué dice?
JULIA. ¿Usted no?
BERN. Efectivamente, el conde verdadero del Verde Saúco es el dueño de esta cartera.
JULIA. ¿Quién?
BERN. El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.
JULIA. ¡Papá!—¿Y usted quién?...
BERN. Yo soy el único Bernardo...
JULIA. ¿Usted?
BIB. ¿Usted?—Hombre, ¿qué dices?
DEOG. Sí, el señor; ¿pero qué, no lo sabías ya? ¿pues no me dijistes, mujer, que sabías que Bernardo estaba aquí? yo creí que habías descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponíamos.
BIB. ¡Jesús, Jesús! yo sueño.
BERN. Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que pueda quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde, á quien yo había citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Sólo,

pues, resta, Julia mía, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA. ¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERN. Me equivoqué; ahora conozco que no merecía usted esta ficción; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneración en mis bienes del mal trato de la suerte.

BIB. ¡Qué nobleza! ¡y qué vergüenza para mí!

BERN. Sólo apetezco que su mamá de usted...

BIB. Venga usted á mis brazos, noble joven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA. ¿Conque ya no tendrá usted desafíos, ni trampas, ni?...?

BERN. Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará á ustedes...

DEOG. No hay necesidad, ven á mis brazos, Bernardo, hijo mío; llegó el caso de des-

cubrir el resto de mi plan: mi ruina es su puesta.

BIB. ¿Qué dices?

JULIA. ¡Papá!

BERN. ¡Supuesta!

DEOG. Sí, hijos míos; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi mujer; ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

BIB. ¡Ah! esposo mío, perdona...

DEOG. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y, á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesión cuando es honrosa.

FIN DE LA COMEDIA



MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS Y EN PRÓSA

PERSONAS

ROBERTO DILLON
ANA DILLON, su mujer
PATRICIO DILLON, su hijo
ISABEL DILLON, su hija
EDUARDO, amante de Isabel y amigo de Dillón
DERMOD, enemigo de Dillón, hombre falso, vengativo, etc.
Milord FITZ WILLIAM, diputado de la corona de Irlanda
JORGE, criado antiguo

MARIA, su hija, criada
MAURICIO, jardinero de Eduardo, prometido de María
UN MOZO
UN ASESOR
UN MINISTRO
UN OFICIAL
UN CRIADO
Jurados, amigos de Dillón, escribanos, alguaciles, guardia, pueblo, etc.

La acción pasa en Dublín, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, en el reinado de Isabel de Inglaterra. Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillón, y el tercero en una sala de las casas consistoriales

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardín de la casa de Dillón; un parapeto de unos dos pies de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta ésta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En el interior del jardín, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, enfrente de éste, un bonito pabellón de jardín, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA

JORGE, MAURICIO (Al alzarse el telón, Mauricio, con un envoltorio en la punta de un bastón, llega por la muralla y se para delante de la verja.)

MAUR. (*Forcejeando para abrirla.*) ¡Oiga! Este pestillo no se levanta: no parece sino que la verja está cerrada. ¡Diantre! ¡Ah! ¡toma! ya sé en qué consiste; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) ¡Señor Jorge, señor Jorge!

JORGE. (*De adentro.*) ¡Aquí está, aquí está! (*Sale*

del vestíbulo poniéndose el vestido.) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) ¿Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillón no espera á nadie y... Toma, toma, ¿no es Mauricio?

MAUR. Sí; soy yo, que estoy aquí.

JORGE. ¿Cómo? ¿Eres tú, muchacho?

MAUR. En persona, señor Jorge.

JORGE. ¡No es posible!

MAUR. Sí, señor. ¡Abridme, que os traigo buenas nuevas!

JORGE. ¿Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa y vuelve á salir.*)

MAUR. Daos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á María.

JORGE. (*Con una gran llave.*) ¡Pobre muchacho! Y María, que no le espera... (*Ríe.*)